

Diamant, Ana (abril 2005). *Mauricio Goldenberg : El maestro de Lanús*. En: Encrucijadas, no. 31. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubi.sisbi.uba.ar>>

Mauricio Goldenberg [1]

El maestro de Lanús

Ana Diamant

Coordinadora del Archivo testimonial y documental, Facultad de Psicología, UBA.

Presentar a Mauricio Goldenberg

“Venía luchando activamente por algo más amplio que mejorar la atención de los pacientes psiquiátricos. Venía luchando por cambiar los modos de aproximación a las problemáticas y buscaba crear condiciones y mentalidades distintas en la organización de servicios. Por eso (...) inventaba nuevos lugares de trabajo, rastreaba posibilidades, integraba psiquiatría clínica, perspectivas sociales y psicoanálisis”[2].

Se presenta Mauricio Goldenberg

“Soy Mauricio Goldenberg, un psiquiatra veterano (...). Prácticamente toda mi vida la he dedicado al ejercicio profesional. He vivido cosas muy dolorosas y cosas muy buenas y generosas. Desde que me recibí de médico ejercí permanentemente en psiquiatría, no a la manera de los años anteriores en que la psiquiatría era una institución en algunos casos hasta carcelaria.” [3]

Empezar a aprender

“Una figura muy importante para mí fue el maestro que tuve en 5º y 6º grado de la escuela primaria. Era una escuela pública. En aquellos años las escuelas públicas eran los verdaderos lugares de aprendizaje. Nos enseñaba, además de las cosas propias del contenido, qué era lo ético, lo moral. Nos enseñaba cómo hay que votar, la importancia de votar. Creo que nos marcó muchísimo.

En la escuela secundaria tenía algunos profesores malos –como pasa siempre en cualquier estructura docente– pero teníamos algunos profesores excelentísimos. En 4º y 5º año tuvimos a Ricardo Rojas en Literatura, y en Instrucción Cívica a Luis Roque Gondra, que después fue presidente de la Corte Suprema.”

Enseñar...

“... sería la condición para trasladar algo que uno sabe a otro que no lo sabe y tiene que aprender.”

“Existen maestros en quienes la tarea de enseñar no se reduce a la transmisión de conocimientos ni al solo ejemplo de su práctica, sino que fundan con su estilo una nueva forma de utilizar el conocimiento (...) se dice de esos maestros que ‘hacen’ escuela porque su estilo se hace espíritu en un modo de pensar y hacer que trasciende la voluntad de su autor. Mauricio es uno de esos maestros...” [4]

“Hay muchas maneras de ser docente. Un buen docente, a mi manera de ver, es aquel que se ocupa, que cree, que siente que es muy valioso lo que está haciendo, que se compromete con lo que tiene que enseñar, con lo que tiene que aprender el otro, los otros... el que puede tener una buena relación transferencial, una buena comunicación con la gente, con las estructuras. Yo tenía condiciones pedagógicas. A mí siempre me costó mucho escribir, pero dar clase... Tenía actitud pedagógica y eso es genético. Hay que ser claro, hay que tener memoria, hay que discernir lo que es importante y lo que no lo es, hay que reconocer lo que otros hicieron, crearon.”

Llegar a la universidad. Primera frustración

“Empecé en una muy mala época. Era el año 1934. El examen de ingreso a la Escuela de Medicina era bastante severo. Me aplazaron en ese examen. Había estudiado mucho y el tema que salió era especial para mí. Me lo acordaba muy bien. Estaba seguro de que lo sabía. Pero ¿por qué no estaba en la lista? Miré y miré y con varios compañeros nos dimos cuenta de que casi todos los apellidos judíos estaban desaparecidos.

Ésta fue la primera experiencia traumática... nunca había tenido ningún problema por razones religiosas o por ser judío, ni en la escuela primaria ni en la secundaria. Tal es así que decidí que iba a dejar de estudiar. Me puse a trabajar en un negocio de cueros, en Avellaneda. Pero mi mamá, como buena madre judía, con un único hijo varón después de tres mujeres, quería un doctor. ¡Pobre mamá! Tenía que ser doctor. Y doctor era médico. Un abogado es un abogado, un ingeniero es un ingeniero y sólo un médico es un doctor. El Centro de Estudiantes y los alumnos progresistas hicieron mucho lío por lo sucedido. De todos modos no pudieron incorporarnos porque ya habían empezado los cursos. Tuvimos que darlo de nuevo. Perdí un año, pero aprendí muchas cosas. Supe lo que era llorar.”

Segunda frustración

“Volví a estudiar y aprobé. En 1º año teníamos Anatomía. Era todo de memoria y yo nunca fui un gran memorista. Por lo tanto, en el primer examen, en diciembre, me aplazaron. Me sentí completamente frustrado. Primero el ingreso y ahora esto.

Nuevamente decidí que no iba a estudiar Medicina, que podía hacer otras cosas. Pero mi madre, que fue una figura fuerte, como buena madre judía me persiguió de tal manera que volví y me quedé en la Facultad de Medicina. A pesar de aquel aplazo tuve muy buenas notas y buen promedio. En aquella época, Medicina duraba siete años y a partir del sexto había que ir al hospital como practicante. Ahí me enganché con la psiquiatría.”

El hospicio, las contradicciones y el camino

“Entré como practicante al Hospicio de las Mercedes. El Dr. Gonzalo Bosch era el director del hospital y el profesor de Psiquiatría de la Facultad. Vio que me gustaba, que estudiaba, que me quedaba de noche si un paciente lo requería. Me dejó como médico y me dio la posibilidad de un puesto en la Cátedra de Psiquiatría. En aquella época se usaba el electroshock, coma insulínico, tratamiento con cámara de calor hasta cuarenta grados por muchas horas para tratar algunas enfermedades como la sífilis.

Allí establecí una excelente relación con el Dr. Carlos Pereyra, también profesor de Psiquiatría. Era fenomenólogo, antipsicoanalista a muerte. Me quería, pero discutíamos mucho. Él apadrinó mi tesis, que fue sobre patología psiquiátrica del alcoholismo.

Al mismo tiempo, en aquella época estaba en el hospicio Pichon Rivière, un joven brillantísimo. Yo lo iba a visitar a escondidas, porque si en la cátedra se enteraban de que estaba mezclándome con psicoanalistas, estaba 'kaput'. Y yo quería seguir la carrera docente, quería ser profesor de Psiquiatría. Enrique era mayor que yo. Sabía mucho más que yo. Paseábamos por el jardín del hospital, con él y con el Dr. Krapf, un alemán que llegó a ser adjunto de Psiquiatría. Con él, un día por semana teníamos la responsabilidad del funcionamiento del hospital con 4000 pacientes. Era un erudito, un hombre de una cultura excepcional. Tenía una biblioteca fabulosa, me prestaba libros, me aconsejaba en la lectura. Llegó a ser jefe de Salud Mental de la OMS y se fue a Ginebra.

Me fui haciendo una buena formación fenomenológica, conocía la clínica, la terapéutica de la época... y me enganché con Enrique.”

Volver a estudiar

“Tuve una relación muy bonita con el Dr. Celes Cárcamo, que fue uno de los primeros psicoanalistas del país. Hicimos juntos el primer curso de postgrado que se llamó Curso Superior de Médicos Psiquiátricos, que duraba dos años. Hicimos un pacto. Yo le enseñaba la psiquiatría fenomenológica, la clínica, los síntomas, la evolución, y él me iba

a ayudar en la lectura de Freud. Fue una situación difícil porque tenía que vivir en secreto mi simpatía por el psicoanálisis.

Iba mucho a la sala de Pichon. Él me decía: '¿Por qué no te metés directamente?' Pero si hubiera hecho públicas mis relaciones subrepticias con el psicoanálisis no hubiera llegado a jefe de Clínica en la cátedra. Había una pugna a muerte. Pero yo tenía muchos amigos analistas y los pude ayudar.

Mauricio Abadi vino a verme porque quería hacer un poco de clínica. Lo ayudé a entrar en la cátedra pero le recomendé 'no digas que sos analista'. Más adelante me pasó lo mismo con Grinberg y con Liberman."

Salir al mundo

"En el año 50 se hizo el Primer Congreso Mundial de Psiquiatría. Gonzalo Bosch me invitó. Le dije que tenía ganas de ir, pero que no tenía plata. Me contestó: 'Voy a arreglar para que su señora cobre el sueldo mientras usted esté en París'. Entonces fui. Pude conocer a los famosos de la época. Los médicos jóvenes nos costeamos la participación haciendo reseñas, cada uno en su idioma. A la mañana trabajaba para el congreso y a la tarde iba al hospital psiquiátrico Sainte Anne.

Íbamos a comer a un restaurante ruso, Strogonoff. A los estudiantes nos cobraban muy poco. Una noche entro y la familia que lo atendía estaba comiendo, todos muy bien vestidos. Me doy cuenta de que era el fin del día de Iom Kipur. No lo sabía. Habían pasado el día de ayuno. Tenían tantas cosas ricas en la mesa... Me acerco y digo "Feliz año".

—¿Usted es judío? —me preguntaron.

Respondí que sí y me sentaron a la mesa. Fue la primera vez, después de tres meses, que comí hasta atracarme.

Guardo de entonces una foto en el hall de la Sorbonne, en la escalinata. Estaban en primera fila Melanie Klein y la hija de Freud, estaba Henry Ey que era el secretario general del congreso; yo fui pidiendo permiso, como si estuviera bajando para salir, para irme, y me quedé en el segundo escalón. Y en la foto, entre los famosos, aparece mi cara joven. El Dr. Bosch me decía que me quedara, que aprovechara, que aprendiera.

Estuve en Inglaterra visitando una experiencia de terapia después de la Segunda Guerra Mundial. El presidente de la Kodak tenía un palacio en Sussex y lo regaló para tratar a las personas que durante la guerra habían sufrido traumas. Vi una experiencia mezcla de psiquiatría dinámica con otras corrientes que se llamaba laborterapia.

En Italia conocí a Cerletti y a Bini, que fueron los que descubrieron el electroshock. En Holanda estuve en el centro de la Liga Mundial de Salud Mental. En España me recibió López Ibor.

Volví cuando me quedé sin un centavo y me puse a trabajar seriamente. En el año '56 se abrió el concurso para los tres hospitales nuevos que había construido el peronismo: Lanús, Avellaneda y San Martín."

De la tradición a la alternativa

"Tuve una buena formación en psiquiatría casi fundamentalmente biológica, tuve vínculos con el psicoanálisis, entonces, no era un psiquiatra tradicional. Y además tenía mi posición desde el punto de vista social. Era una persona progresista, de izquierda, votaba al Partido Socialista. Ya entonces, para reuniones de discusión sobre temas muy puntuales, me invitaban a la APA.

Con todo esto —judío, izquierdoso, amigo de psicoanalistas— tuve que enfrentarme a circunstancias complicadas. Quería un servicio con un modelo distinto al del hospital psiquiátrico. Invitaba a gente de distintas ideas y formaciones una vez por semana para los ateneos. Hicimos un gran movimiento para terminar con el chaleco de fuerza.

Finalmente se consiguió un decreto por el cual, desde el Ministerio, se eliminaba su uso."

Lanús, la experiencia más querida

“Porque a Lanús había que llegar. Y había que llegar viajando por ese espacio donde procesábamos un aprendizaje que no provenía de la teoría de los libros. Lo que aprendimos en Lanús, lo aprendimos con las tripas y lo que se aprende así, deja una marca para toda la vida.” [5].

“Fue fabuloso. Un gran trabajo. Conseguí que se fueran los psiquiatras tradicionales que ya estaban –unos carcamanes– y puse gente joven. El servicio creció muchísimo. Había reflexólogos, psicoanalistas, conductistas... discutíamos mucho, pensábamos, defendíamos nuestra ideología. Llegó a tener cerca de doscientas personas trabajando. Fuimos pioneros. Nunca fui un gran estudioso de la organización hospitalaria, más bien fui intuitivo y además fui honrado. No queríamos una asistencia psiquiátrica tradicional. Las instituciones psiquiátricas, en general, eran cerradas. Sus recursos terapéuticos eran fundamentalmente biológicos: electroshock, insulino-terapia, etcétera, muy pocos ingredientes psicológicos, y del psicoanalítico, cero.

Entonces se planteó otra manera de ver el trabajo. En primer lugar, respetar las personalidades. En segundo lugar, un servicio totalmente abierto. El paciente tenía que traer al hospital un certificado de que era enfermo mental, por consiguiente venía etiquetado: era un loco. Me rebelé contra eso, exigía respeto por el paciente que venía. Empezamos a trabajar en la comunidad cercana al hospital, en una villa miseria. La idea fue hacer primero un estudio estadístico, un trabajo epidemiológico para decidir luego qué había que hacer. Se limpiaron las calles, se hicieron pozos para inodoros, trabajamos mucho con la escuela, con las maestras que atendían chicos con dificultades, con las mujeres. A algunas se les dio una especie de nombramiento y para jerarquizar su actividad se les dio un título en el Aula Magna del hospital. Simbólicamente tuvo mucho sentido, la gente se sintió reconocida y trabajó de una manera excepcional. Conseguimos a través de ellas que las demás mujeres en vez de tener el parto allí, vinieran al hospital, y hubo menos muertes de chicos. Después esos chicos siguieron viniendo al hospital. ¿Si esto es salud mental? Si. Porque para tener salud mental primero hay que tener salud. Otros golpes

“En mi vida tuve suerte. Trabajé mucho y con bastantes sobresaltos. Gané el concurso para profesor adjunto en la Facultad de Medicina y después vino el concurso para titular. También allí tuve suerte porque en el sorteo, los jurados que salieron elegidos fueron Usandivaras y Etchegoyen. Pero la gente enemiga hizo un gran movimiento y terminó anulándose. La “noche de los bastones largos” nos reunimos en una asamblea muy importante en el hospital todos los médicos, psicólogos y pedagogos del servicio y la pregunta fue qué hacer ante esta situación. Decidimos movilizarnos para defender la universidad y renunciar. En Medicina fuimos tres los primeros que renunciamos. Un patólogo que estaba trabajando en París y mandó la renuncia, un neurólogo y yo. Luego renunció el equipo completo. Fue un momento muy trascendente en la historia de la universidad y del país.

A mi me encantaba la docencia, había trabajado por ser doctor y por ser profesor. Ahí fue donde conocí a Sadosky. Yo ya tenía una cierta relación con Rolando García. Su esposa era educadora y tenía vínculos con nuestro servicio. El me dijo que Sadosky había sido atacado y fui a verlo.”

“Quería agradecerle al Dr. Sadosky que esté presente. Cuando lo vi llegar recordé aquel día en que los militares entraron al Consejo donde ustedes estaban reunidos. No sé si se acuerda, fui a verlo para preguntarle qué podíamos hacer para defender la Universidad y me contestó ‘Haga lo que mejor le parezca’. Y yo hice lo que había que hacer: renuncié. Desde que lo vi entrar pensé que tenía que agradecerle la actitud y la honestidad con la que enfrentó lo que los militares hicieron con la Universidad.” [6].

“Fue un antes y un después. La democracia fue atacada y tuvo un costo elevadísimo. La universidad en ese momento era algo fabuloso y le pegaron un golpe en la cabeza. Nosotros sufrimos mucho, lo vivimos como una castración.”

La camiseta de Lanús

“A los muchachos, como eran jóvenes y les gustaba el fútbol, les decía ‘el que viene tiene que ponerse la camiseta de Lanús’.

‘Ponerse la camiseta’ quiere decir que había que estudiar, había que trabajar, había que tener el mayor respeto por el paciente, una especie de diez mandamientos que todos cumplíamos. Yo tenía una ética y exigía de todos que la tuvieran. Siempre se los dije: lo hicimos todos.”

Más gente con la camiseta de Lanús

“Se trabajó de entrada con lo multidisciplinario. Desde el principio tuvimos psicólogos en nuestra estructura, pedagogos, sociólogos, un antropólogo y estaban al mismo nivel que los médicos. Hacíamos, además, docencia e investigación. Para todo esto peleé mucho y en este sentido me anoto una condecoración. Mucha gente no veía con tan buenos ojos mi actitud tan abierta. Y no sólo en el servicio.”

Más universidad

“Cuando Frondizi ganó las elecciones, su hermano, Risieri que fue Rector de la UBA, nos llamó a la Dra. Reza, a Butelman y a mí. Nos dijo que se reestructuraba la Universidad y que quería hacer una Escuela de Psicología. Estuvimos de acuerdo. Entonces cada uno de nosotros tomó una materia. A la mía le pusimos un nombre largo: Fisiología Aplicada a la Clínica Psicológica. Yo trabajé poco. Delegué en la gente que me rodeaba. Después le cambiamos el nombre a la materia. José Bleger nos ayudó, otra vez me vinculé con la gente del psicoanálisis. También estaba Itzigsohn.

Un tema que no se puede evadir: el exilio

“El lugar que ocupaba Mauricio en la psiquiatría Argentina no fue ocupado, quedó vacante realmente con la partida. En cuanto al país, representa esa tragedia argentina en la que sus mejores hijos tienen que irse. En eso Mauricio no es una excepción. Es uno de nuestros defectos, el derroche argentino.” [7].

Notas

[1] Mauricio Goldenberg está por cumplir 89 años. Durante la última dictadura debió exiliarse en Caracas, Venezuela. Actualmente reside en Washington. Este artículo se realizó a partir de una serie de entrevistas hechas en Buenos Aires entre el 14 y el 21 de noviembre de 1995.

[2] Valentín Barenblit y Vicente Galli; Prólogo; en Mauricio Goldenberg. Maestro, médico, psiquiatra, humanista; Edición Secretaría de Cultura y Bienestar Universitario; Facultad de Psicología, UBA, Buenos Aires, 1996.

[3] Mauricio Goldenberg, testimonio oral; Buenos Aires, 14 de noviembre de 1995.

[4] Emiliano Galende, Mauricio Goldenberg, por su estilo; agosto de 1996.

[5] Enrique Loffreda; en Jornadas. Encuentro del Servicio de Psicopatología del Policlínico de Lanús; agosto de 1992.

[6] Mauricio Goldenberg, en Mesa redonda sobre instituciones y salud mental; Facultad de Psicología, UBA, noviembre de 1995.

[7] Horacio Etchegoyen, testimonio oral, julio de 1996.